

Trebejos

La carcajada lo despertó violentamente. Tanteando la mesita de luz encendió la lámpara. Se levantó, salió del cuarto, revisó la habitación que usaba como oficina y pasó directo a la sala principal. En la mesa de teléfono estaban la agenda y el cenicero; los almohadones de terciopelo marrón oscuro en cada sillón; en el centro de la mesa brillaba el juego de ajedrez que normalmente escondía en el ropero. Le costó conciliar el sueño.

No durmió durante varias noches. Después del episodio de la carcajada, se encendían y se apagaban las luces, el agua corría en la ducha, hechos que suceden en una película de terror pero de bajos recursos. Después de oír un ruido recorría las habitaciones y encontraba el tablero con las piezas en el mismo lugar. Guardó cada vez el juego en la caja con cinta scotch y varias vueltas de piolín. Aún así lo encontraba cada noche en la mesa.

Cuando se cansó del insomnio y de esa presencia, llamó a una vidente. Gladys llegó a su casa, encendió quince velas amarillas, dos rojas, los tres triángulos de incienso y le pidió quinientos pesos. Después de dos horas de ahumar la casa, Gladys se fue y le dijo que le habían hecho un daño. Esa noche tampoco pudo dormir. Esta vez el pecho se le cerró por el humo detenido en las paredes, en el techo. Cuando Julio aireó la casa, el juego estaba donde tenía que estar. En el centro de la mesa.

Un domingo en misa lo convenció al Padre Mario para que fuera a bendecir la casa. Aún así esa presencia no se fue. Después del Padre Mario consultó con un psicólogo que le dijo que era un duelo inconcluso, con un psiquiatra que lo medicó, y decidió incorporarse al grupo de autoayuda “Los Que Sufren de Presencias Inesperadas”. Nada resolvió el enigma. Ya harto Julio trasladó la mesa de la sala principal a la oficina, colocó el ajedrez en el centro, acomodó cada pieza en su lugar y se sentó detrás de las dieciséis piezas negras a esperar. A la mañana siguiente se despertó transpirado. Dormirse sobre la mesa le provocó un dolor punzante en el cuello. Cuando quiso incorporarse sintió una presión en el hombro derecho que le impidió levantarse. Miró nuevamente el tablero de ajedrez con las treinta y dos piezas. La apertura la dio un peón blanco en C4.

Laura GIBILARO

A sus marcas

Clara tenía el cuerpo volcado hacia un brazo y éste apoyado con firmeza sobre una mesita en la que a través de un espeso vidrio podía verse un tejido de maderas en forma de espigas entrelazadas que a su vez armaban ángulos ondulantes. Era un gran diseño imitando la ebanistería de medio oriente, plasmado en una placa circular de hule o algún tipo de papel adhesivo, tonos amarronados.

El borde de la mesa -en primer lugar el vidrio, después el plástico, ajado, una guarda bajorrelieve provenzal entre dos líneas sin fin de molduras de media caña- se mostraba como uno de esos cortes transversales con los que, a modo de estudio, algunas láminas dan cuenta de la composición de la tierra. Aun si se hace una perforación profunda, es muy difícil ver las distintas capas, napas o niveles de la tierra que van sucediéndose superpuestas hasta tocar, merced a nuestro ambulatorio aplastamiento, la base de nuestros pies. Sin embargo es así como se piensa, en un punto tan radical, la sustancia que es espacio y tiempo.

Por cómo estaba ubicada yo, parada, recostada en una columna apenas perceptible debido a la mala luz del salón, jamás podría haber visto esa

maqueta de la corteza terrestre representada en el canto de la mesita redonda. Recién cuando Clara cambió de posición y se llevó la mano a la boca, sólo entonces vi el antebrazo desnudo, su blanca, muy blanca y mullida epidermis en la que todo lo que tocaba le quedaba grabado.

Había olvidado esa particularidad. No conocí a nadie más con la capacidad de registrar de esa manera, en el propio cuerpo, aquello con lo que se encontraba y se apoyaba. Todo lo que conformaba su entorno, lo cotidiano, pasaba a ser un dibujo surcado en su piel; la mesa, una servilleta, el reloj pulsera, los pliegues de las cobijas, de la almohada, la costura del sillón, el asa del pocillo de café, los cubiertos, los grifos, los tornillos y aristas de la electrónica, las llaves.

Sus propios dedos le quedaron marcados en su mejilla de la manera más fiel posible, como el bosquejo imaginado de un tatuaje, cuando apartó la mano de la cara, después de escuchar el relato hasta el final, sin respirar casi, de cómo había terminado sus días el difunto que nos convocaba.

Nora MARTÍNEZ

Odradek felicita a la Fundación El Libro por haber elegido a Germán García para inaugurar la 37^o Feria del Libro de Buenos Aires

Entonces

Pongo por caso el encuentro con Alejandra -no sabía en aquel momento que el nombre había sido elegido como homenaje a la heroína de Sábato-, ocurrió una tarde en el parque Lezama. Me senté a su lado, abrí un libro. No tardó en preguntar qué leía (era una costumbre de la época, como ahora chatear) respondí sin palabras, mostré la tapa de la Antología Poética de Milosz. Sonrió, susurré con un tono que parecía el de un hombre cansado: te he encontrado en un tiempo otro, tristemente otro. Es precioso dijo Alejandra, como si le hubiera mostrado otra cosa... un reloj de oro, por ejemplo.

Entonces me dijo que Alejandra era el nombre que usaba, quizá para que le preguntase cuál era el verdadero. Me daba lo mismo. Agregó que lo había encontrado en una novela de Sábato. Me apresuré a decir que no lo había leído... por falta de tiempo. Donde la vida tiene el color de la tierra, donde hay hombres que morirán sin haber conocido el amor. ¡Que memoria!, exclamó.

Le conté mi tendencia a la gratuidad, mi gusto por hacer cosas para nada, mi obstinación en convertirme en un lujo de la especie, en

alguien que seguiría el ritmo de los otros sin hacer nada. Nada de nada. Ella dijo que me acompañaría en mi proyecto. ¿Era un proyecto? Le parecía divino. Estaba dispuesta a facilitarme lo que le pidiera, incluso me alojaría en su casa donde vivía con su madre que, aseguró, estaría encantada. Y así fue. La señora dijo que era un hijo para ella. Eso me daba el lugar de hermano, de manera que dormía en la misma habitación que mi hermanita espiritual, Alejandra.

Me pasaba tardes esmerado en su cuerpo, que trataba como a un instrumento musical: buscaba la vibración máxima de cada lugar, de cada hueco, de cada pliego de la piel. Sin embargo aquella felicidad no duró, era demasiado agotadora y mi proyecto -ella me enseñó esta palabra - de llevar el azar a lo absoluto me impedía anclar en una satisfacción que se domesticaba a sí misma. Con diferentes mujeres pasó lo mismo. Entonces algo es así, sin que me preocupe saber por qué. Siempre había otra, sólo tenía que encontrarla.

Germán GARCÍA

Sofía

Decidí entonces tomarme dos días para ver si conseguía idear algo. Cargué en el auto un par de botellas de whisky, varios paquetes de cigarrillos, mi vieja Remington y una resma de hojas A4. Ni me llevé lo que tenía ya escrito porque justamente quería alejarme de la historia. Me recliné en una vieja casita que tengo en San Clemente y me dediqué a escribir.

de espíritus, de santos, con perros que hablaban y nada. Puse a un mono muy simpático que explicaba algunas cosas (mono que pienso usar en mi próxima novela como protagonista), pero perdía un poco de intensidad la historia.

Decidí entonces tomarme dos días para ver si conseguía idear algo. Cargué en el auto un par de botellas de whisky, varios paquetes de cigarrillos, mi vieja Remington y una resma de hojas A4. Ni me llevé lo que tenía ya escrito porque justamente quería alejarme de la historia. Me recliné en una vieja casita que tengo en San Clemente y me dediqué a escribir. Conseguí llenar el hueco, pero necesité comprar un par de resmas adicionales para completar la escritura. El relleno del hueco era prácticamente diez veces más largo que la novela “original”. Cuando volví a mi estudio (casi un mes después de haberme ido) encontré sobre el escritorio una nota de mi secretaria. “Vino Cosme de la editorial y se llevó el manuscrito”. La novela se publicó así nomás, con el hueco. Y por un error de Sofía (mi secretaria), lo que yo creía que era el principio estaba al final. Una mierda. Pero a la gente le gustó y a mí, honestamente, me chupa un hueco... quise decir un huevo.

Mariano QUINTERO

Formas de matar el aburrimiento

Un matrimonio, varios años de casados. El hombre aburrido de su aburrida mujer y la rutina que comparten. Se consigue una amante. La mujer sospecha y contrata detective eficaz que confirma las sospechas y brinda todo tipo de detalles.

Indignada, la mujer decide recuperar la exclusividad y planea el asesinato de la amante de su marido. Logra introducirse en el edificio de departamentos de su rival y mata a una mujer que resulta ser la vecina de su objetivo. Asustada, deja pasar los días y descubre que la investigación policial apunta a un blanco muy lejano de su persona. Concluye que cuantos menos vínculos o motivos relacionen a una víctima con su victimario, más posibilidades existen para alcanzar la impunidad. Prueba, entonces, matar personas que no conoce para nada. Cambia de armas homicidas y de barrios, de vestimenta y de medios de locomoción. Sigue con interés disimulado las crónicas policiales. Cree que así, de paso va haciéndose el camino hacia su antiguo objetivo, ya que acaso en medio de un número de víctimas mayor, la relación que las une pueda quedar

disimulada.

En tanto su marido ha descubierto que su mujer esconde determinados misterios, que sale con frecuencia de casa a destinos desconocidos, que titubea al momento de brindar explicaciones. Eso lo atrae, la atracción tiene componentes de curiosidad, de celos y se va haciendo una mezcla morbosa que lleva con el calor o la calentura.

El detective confirma que el hombre infiel ya no se ve con su amante, cree que la ruptura es permanente.

Es una suerte, porque para cuando la mujer mata a la ex amante de su marido, nada hay que relacione a la víctima con su matadora, lo que consagra la impunidad de la homicida, que así da por concluida su retahíla criminal.

Ahora ella puede descansar, y es esa actitud relajada lo que lleva a reflexionar a su marido acerca del matrimonio. Varios años de casados. El hombre aburrido de su aburrida mujer y la rutina que comparten. Se consigue una amante.

Roberto GÁRRIZ

Prueba, entonces, a matar personas que no conoce para nada. Cambia de armas homicidas y de barrios, de vestimenta y de medios de locomoción. Sigue con interés disimulado las crónicas policiales.

Comienza el eclipse

(capítulo de la próxima nouvelle Comienza el eclipse de Antonio Oviedo)

El ómnibus llegó a las seis menos cuarto a la Terminal de Rosario. Elisa dormía profundamente y sólo reaccionó tras varios intentos del chofer tratando de despertarla. Al mirar hacia el conjunto del edificio de la terminal notó que no tenía ninguna sensibilidad en la mitad derecha de la cara.

Parálisis facial.

Se pasó varias veces la mano; la carne, según ella, estaba “amontonada en un mismo lugar”.

No inmóvil, más bien como despegada de los huesos de la mandíbula, del pómulo, de la sien, de la mitad de la frente; en toda una zona de su cara la tensión muscular era nula.

Además, el párpado derecho subía y bajaba a un ritmo más lento que el izquierdo.

Incluso no le resultaba fácil hablar. No articulaba bien o de forma correcta las letras de las palabras. Con la parte no afectada de la boca se empeñó en ejercitarse, en realizar algunos movimientos que le devolvieran una mínima dicción. Para colmo, uno de los orificios nasales se hallaba obturado y la respiración había perdido su cadencia normal.

Al taxista le dio no sin un gran esfuerzo el nombre de un hotel ubicado a menos de cinco cuadras de la casa de su padre.

Una vez en la cama volvió a dormirse hasta cerca del mediodía. Pero alcanzó a sentir que la carne colgaba flojamente desde la base del ojo y que en parte parecía rozar la almohada con su peso fofo.

Una masa gelatinosa, con una temperatura más baja que las otras partes de la cara.

Al despertar, alrededor de las once y media de la mañana, sintió un sacudimiento en todo el cuerpo, algo similar a una descarga eléctrica, que la obligó a sentarse en la cama. Un calambre cuyo origen exacto no podía determinar. Ahí fue cuando notó que la parálisis ya había desaparecido por completo. La parte de la cara donde antes la carne había quedado floja, ahora había recobrado la sensibilidad y la situación anterior le parecía muy lejana, desparramada en alguna de las más profundas capas de su memoria. Pero si

permanecía sepultada vaya a saber dónde, a Elisa le costaba mucho creer que el hecho como tal se hubiera producido durante el viaje.

Parálisis.

Elisa dijo con voz muy queda lo que había pensado acerca de esa palabra. Que contenía dos partes diferentes.

-Inconciliables –agregó alzando de forma inesperada la voz.

-No se por qué están juntas, algo difícil de entender, quizás por no poder entenderlo es que logré superar el problema.

Mi pregunta, según deduje, no fue de su agrado, una mueca casi imperceptible me permitió advertirlo. Aunque duró segundos, la mueca torció apenas su boca.

Lo que le pregunté fue si había “consultado a un médico”. Para mi asombro, sí lo había hecho, pero todas las explicaciones muy exhaustivas del médico sólo habían conseguido reforzar lo que acababa de decirme. En determinado momento, el médico la había notado abstraída mientras él hablaba.

-No se prohíba escucharme –dijo de repente el médico empleando un tono que revelaba molestia aunque lo disimulaba con cierto esfuerzo.

Por los labios finísimos del médico las palabras salieron moduladas con una sonoridad similar a la de un silbido. De repente, Elisa sintió que las cuatro palabras estaban cargadas de altanería.

“Él es el médico, actúa como un médico”, pensó Elisa.

Lejos de inhibirla, el reproche del médico sólo sirvió para que ella antepusiera su orgullo. Extendió en silencio la mano para saludarlo y una vez que salió del consultorio, arrugó la receta y la tiró en el papelerero de un pasillo. Al bajar las escalinatas de la entrada principal del hospital, sintió comezón y se rascó suavemente la mitad de la cara.

Antonio OVIEDO

Año V - Mayo 2011 - Número 58

Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar

blog: www.odradek-odradek.blogspot.com

correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

La palabra exacta

TOC-TOC

-¿Quién es?

-Hola Gustave, soy yo, tu madre. ¡Ábreme por favor que me congeló!

-Madre, qué sorpresa; pensé que te vería mañana para el almuerzo. ¿Qué te trae por aquí con este frío de locos? ¿Estás bien, madre?

-¡Oh, sí! Es sólo que... he ido a misa y se me ocurrió demorar mi llegada a casa. Es que allí me aburro demasiado... pensé entonces visitarte y... Pero sí, hijo mío, me encuentro bien. ¿Y tú?

-Yo estaba escribiendo, madre, como siempre. -Y tu vieja madre ha venido a interrumpirte. ¡Vaya que tienes mala suerte!

-No, madre, pierde cuidado. En realidad no estaba escribiendo en este instante... Más bien me encontraba pensando. Buscaba... tú sabes, lo de siempre, la palabra exacta, en este caso para describir cierto paisaje... ¿Estás bien en serio, madre?

- Pues sí... es sólo que he estado leyendo tu última novela y... Bueno, está muy bien, nada más que... no importa, una pavada, olvídale.

-Te has desviado siete kilómetros de tu camino para decirme algo, así que no lo olvidaré. Dime, madre, ¿no te gustó, no es cierto? Ya lo sabía yo que ese libro iba a traerme disgustos...

-No, bueno, cómo decirlo... Ese hombre, Charles Bovary, se parece mucho a tu padre. Es un esposo bueno y fiel, y además es médico. ¿No es así tu padre? ¿No lo crees?

-Mmmhh, sí madre, creo que mi padre ha sido un hombre bueno y fiel...

-¡iPero lo que yo no entiendo es por qué me has hecho a mí tan libertina!! Esa mujercuela, ¿cómo es que se llama?

No, madre, pierde cuidado. En realidad no estaba escribiendo en este instante... Más bien me encontraba pensando. Buscaba... tú sabes, lo de siempre, la palabra exacta, en este caso para describir cierto paisaje... ¿Estás bien en serio, madre?

-Emma...

-¡Emma! ¡Así es! Una desagradecida, una desalmada, un monstruo que nada tiene que ver conmigo. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Sabes lo que pensarán de mí ahora? ¿Tienes idea?

-Pero, madre, no eres tú.

-¡Pues debiste aclararlo en alguna parte!

-Puede ser, tal vez... Lo siento, madre, no quise...

-Olvídale, el mal ya está hecho.

-...

-¿Pero entonces quién es? ¿Se trata de alguna joven de mala vida que has conocido en algún bar? ¡Oh, Dios nos libre!

-Pero si yo no voy a los bares. No es nadie, madre. Es un personaje. Me lo he inventado. Debes creerme.

-¡Peor que peor! ¿En qué mente cabe una mujer así, que hace cosas de hombre? Creo haberte educado bien, Gustave. Aunque no sé, tal vez me he equivocado en algo...

-Pero, madre, al menos debes reconocerme que hacia el final la he matado.

-¡Mientes! Se ha suicidado en todo caso. Tú no la mataste. ¡Si ni siquiera condenas sus horrendos excesos y casi parece que te regocijaras al mostrarla tan descarada!

-...

-Di algo, hijo, no guardes silencio ahora. Dime que estoy equivocada o atrévete a defenderla delante de tu propia madre. ¡Vergüenza debería darte!

-No en este caso. No es vergüenza la palabra exacta. Es otra que debería buscar mejor. Ahora, si me disculpas...

Traducción: **Yanina BOUCHE**

Acercas de la brevedad

Pero ¿qué pasa con los escritores? Se materializan, de algún modo, y le piden al público (más exactamente, a un público concreto) su atención. Quizás el escritor no tiene ningún público concreto en mente. A menudo su única suposición es que participa en un estado de unidad psíquica con otros a los que no conoce por separado, la condición mental de esos otros la entiende, porque es la misma que tiene él. De un modo u otro comprende, o intuye, lo que cuesta el esfuerzo, a menudo un esfuerzo secreto y escondido, para poner en orden la confundida conciencia. Esos otros, indefinidos o parcialmente definidos, son sus lectores. Lo han estado esperando. Él debe asegurarles inmediatamente que leerlo valdrá la pena. Muchas veces los han engañado escritores que les prometieron algo bueno pero no les dieron nada. Han abusado de su atención. Y sin embargo están deseando prestarla. Kafka dice en su diario de cierta mujer: “Se contiene por la fuerza por debajo del

nivel de su auténtico destino y sólo necesita que alguien le abra la puerta”.

El lector abrirá su corazón y su mente al escritor que haya comprendido esto: que lo haya entendido porque en su persona ya lo ha experimentado todo, ha sufrido las mismas vibraciones; quién sabe dónde están los puntos más delicados; quién ha descubierto la fuerza de la necesidad de volver al nivel del auténtico destino de cada uno. Un escritor así no molestará a nadie con sus propias vanidades, no hará gestos innecesarios, no se permitirá ningún manierismo, no perderá el tiempo del lector. Escribirá con la mayor brevedad posible.

Saul BELOW